



FERREIRA, VIRGILIO
EN NOMBRE DE LA TIERRA

Traducción de Isabel Soler y Neus Baltrons

Barcelona: Acanalado Ediciones, 2003. 282 pp

Tema: La obra asume una realidad muy actual: la vida de quienes llegan a un asilo para tener una familia que ya no tienen y lograr sobrevivir.

Por Nelly Rocío Amaya M. Periodista, Crítica de literatura, Música.

Público general. Fecha de la reseña: Sepbre. 18-2006

La obra es un conmovedor testimonio sobre la vejez, el amor vivido en términos absolutos, y la capacidad de la palabra para recuperar aquellos instantes que realmente constituyen la existencia: el amor, las imágenes de lo que se ama y de quien ama, y todo aquello que está más allá de lo real -en lo imposible, en lo que queda después de que ha sido posible el amor, en lo increíble, que se niega a morir, a pesar del deterioro inevitable y el paso del tiempo.

Su autor (*Melo, 1916-Lisboa, 1996*) un intelectual, novelista y ensayista, que ha sido considerado uno de los mejores autores portugueses del siglo XX, mereció numerosos reconocimientos, como el Premio de la Asociación Portuguesa de Escritores y el Premio Fémina en Francia, por una narrativa que se nutre del neorrealismo y el compromiso social, hasta llegar a una prosa de corte existencialista caracterizada por su estilo personal.

Se trata de la historia de Joao, un ex-juez recluido en un asilo de ancianos, que decide escribir una extensa carta a su esposa muerta para poder sobrevivir a las nuevas condiciones de vida y recordar los momentos de su pasado, al lado de ella, de sus hijos, en su trabajo, mientras observa la vida fantasmal de los ancianos, el trato maternal o rudo de las enfermeras, la obligada disciplina, y el despojamiento paulatino de la dignidad de las personas que viven allí, con la anulación de su interioridad y de su misterio, además del abandono y fingido interés de los hijos.

Así mientras revive aquellos momentos de esplendor y belleza, en que su amada le parecía la transmutación de la materia terrestre, hasta el inicio de su muerte en un *plano suavemente inclinado* a donde se empeñará en seguirla, movido por su amor y su piedad, el protagonista escribe sus reflexiones sobre la vida y la muerte, estableciendo los grandes actos de su vida, las palabras que al ser pronunciadas, continuaron su efecto con el tiempo, y otras interesantes asociaciones, ayudado por algunos pocos objetos traídos por su hija Marcia (un Cristo roto y ya sin cruz, un fresco de *La Primavera*, de Pompeya, o la caricatura de la muerte de Durero, una fotografía), que serán símbolos permanentes.

Y con un lenguaje que nos recuerda las conquistas del monólogo interior y de la novela filosófica, su juego paralelo del tiempo y la polifonía de voces bellamente depuradas por la memoria, la vida de este hombre que se niega a ser despojado de su ser -a pesar de que los signos de la vejez se empeñen en decir lo contrario- también nos permite asomarnos a la vida de otros personajes que reflejan alguna situación humana típica o problemática, como la del agitador, a quien tuvo que juzgar en el pasado por prender la mecha de la conciencia dormida de una sociedad, la del político alienado en su discurso, la del poeta, las mujeres ancianas y tantos otros.

Y a medida que asoman los signos de su propio deterioro, podremos ser testigos de su amor por la vida, pues la muerte inevitablemente le irá despojando de todas sus posesiones, menos del cuerpo, que es sagrado y substancial como la tierra, y es la única posesión en donde el hombre se vive a sí mismo, para intentar abarcar todo lo demás.

Es una historia universal y aún poco explorada en nuestra narrativa, que nos permite abordar una problemática muy humana y actual: la vida de quienes llegan a un asilo para tener una familia que ya no tienen, o que nunca llegaron a tener, cuyo abandono de los hijos es palpable en la mayoría de los casos. Su tratamiento es magistral y nos deja una gran lección sobre el valor de la vida, en la que no parece haber límites si miramos más allá de las apariencias. Una vida en la que cada cual establece sus reglas y aquella que las regula, y que requiere cierto discernimiento para no volverse loco, y en donde el único juez verdadero debería ser Dios, con su fallo misterioso volcado hacia el infinito.

Si la importancia de la muerte está en la vida, donde todavía se es visible, y la vida no termina con la muerte, sino que generalmente termina antes, como sucede en un asilo de ancianos, tal vez, debería interesarnos mirar esa realidad de lo que existe, con un mayor sentido de responsabilidad y compasión humana, de amor y comprensión, para no dejarla escapar antes de tiempo en medio de la general indiferencia.